



29 de marzo de 2020

HOMILÍA
V DOMINGO DE CUARESMA
Ciclo A

Ez 37, 12-14; Rom 8, 8-11; Jn 11, 1-45.

“Yo soy al resurrección y la vida” (Jn 11, 25).

In láake'ex ka t'aane'ex ich Maaya, kin tsikike'ex yéetel ki'imak óolal. Bejla'e' te' jo' p'éel domingo' ti' u Kili'ich kiinilo'ob Cuaresma, yéetel u ka'a p'éel domingo' táan kili'ch kunsik Misa ichil jonalo'ob k'aláno'ob.

Ko'onex dsáik nib óolal ti' tuláakal le ma'alob ba'alob, táan u tasik to'on le nojoch k'ojanila', beey je'ex u bin u malotá tuláakal yóokolkab le ja'o, i'ik yeetel u lakal balche, bey xan le malob muchkintikba familia jach tan wilik maloto'on. k'ajatech Cristo leti' le ka'a púut kuxtalo' yéetel le kuxtalo'.

Muy queridos hermanos y hermanas, les saludo con el afecto de siempre en este quinto domingo del santo Tiempo de Cuaresma, segundo domingo además de celebración eucarística a puertas cerradas.

En medio de tanto dolor, de tantas angustias y miedos, hay algunas buenas noticias que debemos conocer, aplaudir y agradecer a Dios. El jueves pasado los gobernantes del llamado G20 (Grupo de los 20), incluido el Sr. Presidente de México, se reunieron en una junta virtual, para tomar acuerdos comunes y así enfrentar la pandemia del coronavirus. Ojalá que esta pandemia deje como herencia un mayor diálogo entre las naciones, con acuerdos en favor de la paz, del desarrollo integral de los pueblos y del cuidado de la Casa Común. Es muy pronto el tiempo para valorar el beneficio al planeta debido a la cuarentena, pues hay científicos que opinan que esta pandemia es una consecuencia más del cambio climático.

Por otra parte, la convivencia obligada en casa, ha traído el reencuentro de las familias, reconociéndose entre sí todos los miembros, dialogando sobre cosas que tal vez no se conocían el uno del otro. Ha sido, además, un tiempo de solidaridad para con los más necesitados, en el que estamos viendo el heroísmo de nuestros médicos, del personal de enfermería y demás trabajadores de los centros hospitalarios; un tiempo en el que la gente se desprende de sus excedentes de despensa para llevarlo a sus parroquias y que de ahí se entregue a quien lo necesite; un tiempo en el que muchos católicos se van preocupando por ayudar al sostenimiento de sus parroquias. Sobre todo, ha sido un tiempo en el que la humanidad reconoce su pequeñez y su necesidad de Dios. Tengo la firme esperanza de que saldremos de esta pandemia más humanizados y más creyentes en el Señor de la vida.

Hoy, con el salmo responsorial, tomado del Salmo 129, nos dirigimos al Señor diciéndole: “Perdónanos, Señor, y viviremos”. No cabe duda de que, al ver amenazada la salud de nuestros cuerpos, podemos recordar que somos también espíritu, y que nuestro espíritu también necesita vivir. Podemos retomar nuestra conciencia de pecado y acercarnos al Señor confiados en su misericordia. Si hemos de morir, que sea en amistad de Dios, pero si vamos a continuar viviendo en este mundo por un poco más de tiempo, que sea con una vida nueva, más llena de Dios, más fraterna, justa y solidaria con nuestros hermanos.

Aunque en tiempos del profeta Ezequiel la fe de Israel no miraba más allá de las fronteras de este mundo, en el pasaje que escuchamos en la primera lectura, el profeta se expresa en términos de muerte y resurrección, comparando el destierro con el estar muertos en vida, y el país donde se encuentran, como su sepultura, de donde el Señor los sacará. Poco a poco, al paso de los siglos, se fue fortaleciendo en Israel la convicción de que tendría que haber resurrección de entre los muertos, para luego ir interpretando en sentido cada vez más literal las palabras del profeta que decía: “Pueblo mío, yo mismo abriré sus sepulcros, los haré salir de ellos... les infundiré mi espíritu y vivirán” (Ez 37, 13-14).

En la segunda lectura, tomada de la Carta de san Pablo a los Romanos, el apóstol garantiza a aquellos cristianos, y también a nosotros los cristianos de hoy, que a quienes lleven una vida ordenada y según Dios, el Espíritu de Dios vivirá en ellos. Fijémonos que, en el texto de Ezequiel, la palabra “espíritu” se escribió con minúscula, y ahora san Pablo la escribe con mayúscula, porque ya los cristianos conocemos el misterio de la Santísima Trinidad, y sabemos que una vida ordenada es siempre una manifestación de la presencia del Espíritu

Santo. La gran promesa y certeza para quien vive según el Espíritu de Dios es esta: “El Padre, que resucitó a Jesús de entre los muertos, también les dará vida a sus cuerpos mortales, por obra del Espíritu, que habita en ustedes” (Rom 8, 11).

Las dos lecturas y el salmo preparan muy bien el camino para el maravilloso pasaje del santo Evangelio según san Juan en donde se narra la resurrección de Lázaro. Según dice el texto, Jesús sentía un gran afecto por sus amigos Lázaro, Marta y María, lo cual nos habla de que Jesús tenía un corazón auténticamente humano. Sin embargo, aunque le avisaron de que su amigo Lázaro estaba enfermo, no fue a verlo sino hasta dos días después, y se quedó atendiendo a la gente con la que estaba.

Permitirnos los afectos nos humaniza, pero la razón, el deber y la responsabilidad están muchas veces por encima de los afectos. Cuántos doctores y personal hospitalario en el mundo se han enclaustrado en los hospitales para atender, con el riesgo de su vida, a los enfermos contagiados del COVID-19, dejando incluso de ver por un buen tiempo a quienes aman. Más allá de esta pandemia, los médicos tienen muchas oportunidades para renunciar temporalmente a quienes aman, para estar con quienes deben estar, y esto es verdadero amor. Esto les pasa a muchos gobernantes, a muchos sacerdotes y a muchos que saben poner el servicio por encima de los afectos.

Cuando Jesús decide ir a ver a Lázaro, no se detiene ante la amenaza de que lo puedan atacar de nuevo, según le recuerdan los discípulos: “Maestro, hace poco que los judíos querían apedrearte” (Jn 11, 8). Les anuncia además que Lázaro ha muerto, y que él va ahora a “despertarlo”. Nuestra muerte será entrar en un sueño del que Cristo nos despertará.

La experiencia de la muerte de un ser querido es muy fuerte. Muchos experimentan la ausencia de Dios, como Cristo en la cruz, quien recitó las palabras del Salmo 22: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mt 27, 47)”. Martha, la hermana de Lázaro recibe a Jesús con ese reproche, lo cual a Jesús le debe haber dolido en verdad: “Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano” (Jn 11, 21). Más tarde, María le volvería a hacer el mismo reclamo. Sin embargo, el reproche de Marta fue atenuado por su acto de fe al decir: “Pero aún ahora estoy segura de que Dios te concederá cuanto le pidas” (Jn 11, 22). Esto significa una plena confianza en el poder intercesor de Jesús.

Jesús le afirma a Marta que su hermano resucitará, aunque ella ya sabe esto y lo cree. Lo que será nuevo y original en la historia de la humanidad, es creer de manera absoluta en Cristo, quien le dice a Marta: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y todo aquel que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre”. ¿Crees tú esto?” (Jn 11, 25-26).

Marta es la primera persona en el mundo que hace una categórica confesión de fe absoluta en Jesús y en su poder de dar la vida; y esta confesión es aún más meritoria, porque la hace cuando su hermano lleva ya cuatro días en el sepulcro, que es cuando le declara a Jesús: “Sí, Señor, Creo firmemente que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo” (Jn 11, 27).

A pesar de esta fe, Marta no estaba pensando realmente que Jesús fuera a resucitar a su hermano, por eso cuando él ordenó que quitaran la loza del sepulcro, ella replicó: “Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días” (Jn 11, 39). Ella, sin el milagro, ya había creído.

Todos habían visto a Jesús llorar mientras se encaminaba al sepulcro de Lázaro, por lo que nadie esperaba realmente aquello que sucedió. Ese milagro sirvió para fortalecer la fe de muchos de los ahí presentes. La resurrección de Lázaro no era para que tuviera vida eterna, sino sólo para vivir algunos años más sobre la tierra, siendo así una prueba más del poder divino del Mesías.

No sabemos cuándo va a terminar esta pandemia del COVID-19, pero ya estamos resucitando cuando por fe, vamos respondiendo cristianamente ante esta circunstancia pasajera. Resucitamos cuando nos volvemos a Dios, cuando servimos a los necesitados, cuando convivimos en familia, cuando actuamos responsablemente ante esta contingencia. ¡Que Cristo nos resucite a todos!

Que tengan todos una feliz semana. ¡Sea alabado Jesucristo!

+ Gustavo Rodríguez Vega
Arzobispo de Yucatán